
La banalidad del bien

“¿Cómo impedir que el capitalismo genere una clase baja indignada, empobrecida, resentida, que se convierta en una fuente de división o declive?” T. J.

TONY JUDT / TIMOTHY SNYDER

Tony Judt: Ha llegado el momento de escribir sobre algo más que las cosas que uno entiende; es tan importante o más escribir sobre las cosas que a uno le importan. Me llevó bastante tiempo convencerme a mí mismo de que alguien podría estar interesado en lo que yo tenía que contar sobre el ferrocarril. Lo que yo quería escribir era un estudio de la llegada de la vida moderna a través de la historia del ferrocarril. Y no solo de la vida moderna, sino del futuro de la sociabilidad moderna y la vida colectiva en nuestras sociedades superindividualizadas. El ferrocarril, después de todo, fue un generador de sociabilidad (...) facilitó la emergencia de lo que hoy conocemos por vida pública: el transporte público, los lugares públicos, el acceso público, los edificios públicos, etcétera. La idea de que la gente que no estaba obligada a viajar en compañía de otros pudiera hacerlo si quería —siempre que se tuvieran en cuenta ciertas medidas de confort y respeto hacia las diferencias de estatus— fue en sí revolucionaria.

Las implicaciones para la aparición de clases sociales (y distinciones de clase), así como para nuestro sentido de comunidad más allá de la distancia y el tiempo, fueron enormes. En mi opinión, un relato sobre el auge y caída (y en Europa, resurrección) del ferrocarril podía ser una forma instructiva de reflexionar sobre lo que ha ido mal en países como Estados Unidos y Gran Bretaña.

Timothy Snyder: Tú has contado que los trenes constituyeron una parte integral de tu ser, en un sentido que los une con el Estado del bienestar que tan formativo fue para ti. Pero, ¿seguro que el vínculo que propones entre los servicios públicos y los beneficios privados es autoevidente? El Estado no tiene que proporcionar estos recursos para ser un Estado funcional. Podrían, en cambio, ser gestionados por personas que mantienen que la soledad es una fuente inagotable de crecimiento económico y que la atomización de cada uno de nosotros es por el bien de todos, que es contra lo que estaban los primeros reformistas británicos del siglo XIX y contra lo que estamos hoy en Estados Unidos. Es lo que solía llamarse la cuestión social. ¿Es la forma correcta de plantearlo?

T. J.: Hablar de la cuestión social nos recuerda que no estamos libres de ella. Para Thomas Carlyle, para los reformadores liberales de finales del siglo XIX, para los fabianos ingleses o los progresistas estadounidenses, la cuestión social era esta: ¿Cómo manejar las consecuencias humanas del capitalismo? ¿Cómo hablar no de las leyes de la economía sino de las consecuencias de la economía? Los que se hacían estas preguntas podían plantearse las de una de estas dos maneras, aunque muchos lo hicieron de ambas: la prudencial y la ética.

La prudencial es salvar al capitalismo de sí mismo, o de los enemigos que genera. ¿Cómo impedir que el capitalismo genere una clase baja indignada, empobrecida, resentida, que se convierta en una fuente de división o declive? La moral es lo que en su momento se denominó la condición de la clase trabajadora. ¿Cómo podía ayudarse a los trabajadores y a sus familias a vivir decentemente sin dañar a la industria que les había proporcionado su medio de subsistencia?

T. S.: La respuesta básica a la cuestión social era la planificación. Me pregunto si podríamos empezar por la cuestión ética que tal vez se encuentre en su origen, es decir, la propuesta de que el Estado debería implicarse en este tipo de cosas.

T. J.: Si la pregunta fuera cuáles son los antecedentes intelectuales que determinaron la preferencia por las economías planificadas en la época de la posguerra, habría que empezar por partir de dos puntos completamente distintos. Uno sería la era de la reforma liberal, progresista, que abarca desde la década de 1890 hasta la de 1910, en Estados Unidos, en Inglaterra, en Alemania, en Francia especialmente, en Bélgica y en países más pequeños. Esta comenzó con liberales de finales de la época victoriana como William Beveridge, que pensaba que la única forma de salvar a la sociedad victoriana de su propio éxito era interviniendo desde arriba mediante sistemas regulatorios. El otro es la respuesta de la década de 1930 a la Gran Depresión, especialmente por parte de los economistas más jóvenes —principalmente en Estados Unidos y Francia, y más tarde algunos de Europa del Este también—, que concluyeron que solo el Estado podía intervenir contra las consecuencias del colapso económico.

Por decirlo de otra forma: la planificación es una propuesta del siglo XIX, llevada a cabo en su mayor parte en el siglo XX. De modo que gran parte del siglo XX, al fin y al cabo, consiste en llevar a la práctica, en experimentar, las formas de responder a la Revolución Industrial y la crisis de la sociedad de masas planteadas en el siglo XIX. Las ciudades de gran parte del Occidente y el norte de Europa habían crecido exponencialmente digamos entre 1830 y 1880. Así, a finales del siglo XIX, había ciudades por toda Europa que habían alcanzado un tamaño que sus habitantes de 50 años no habrían podido ni imaginar en su niñez. El nivel del crecimiento urbano había superado con mucho el nivel de la acción estatal. Y, por tanto, la idea de que el Estado debía intervenir en la producción y el empleo se desarrolló muy rápidamente en el último tercio del siglo XIX.

En Inglaterra, la cuestión fue planteada al principio en términos casi exclusivamente éticos. ¿Qué hacer con el ingente número de ciudada-

nos autóctonos empobrecidos, desfavorecidos, en permanente estado de necesidad, que se habían trasladado a las ciudades industriales y sin cuya labor el floreciente capitalismo de la era habría sido impensable? Esto a menudo se presentaba como un tema moral: ¿cómo debía la Iglesia anglicana (y otras) responder al desafío que representaban las enormes demandas de caridad y prestación de ayuda en las ciudades industriales? Es interesante reparar en cuántos de quienes más tarde, a principios del siglo XX, acabarían siendo destacados planificadores, expertos sociopolíticos e incluso ministros de gobiernos laboristas o liberales, comenzaron su andadura dentro de entornos neocristianos y organizaciones caritativas destinadas a aliviar la pobreza.

En Alemania, la otra potencia industrial a finales del siglo XIX, la cuestión se planteaba en términos de prudencia. ¿Cómo puede un Estado conservador evitar que la desesperación social acabe desembocando en una protesta política? En la Alemania guillermina, la respuesta prudencial fue el bienestar: ya fuera mediante el subsidio de desempleo, la protección industrial en las fábricas o la reducción de la jornada laboral.

T. S.: Si hablamos de Prusia o Alemania, parece inevitable tratar la cuestión del marxismo y la socialdemocracia, porque justo cuando el Estado prusiano está actuando con el fin de evitar algún tipo de política revolucionaria, los que habían estado practicando la política revolucionaria empiezan a llegar a la conclusión de que tal vez sería mejor animar al Estado a intervenir en las relaciones económicas.

T. J.: El gran debate en la socialdemocracia alemana, desde la muerte de Marx en 1883 al estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, es sobre la función que el Estado capitalista podría y debería desempeñar para aliviar, controlar y replantear las relaciones entre empleadores y empleados. Los debates sobre los programas de Gotha y de Erfurt en el Partido Socialdemócrata, o entre Karl Kautsky y Eduard Bernstein, pueden entenderse dentro de las tradiciones marxistas, como hemos comentado antes; pero también pueden verse como las respuestas de los socialistas, incoherentes

y quisquillosas, a los mismos temas que por entonces preocupaban a Bismarck y el Partido de Centro Católico en Alemania.

T. S.: En Alemania los socialistas llegan a albergar dudas sobre su versión del progreso, que es que el capitalismo va a crear un cierto tipo de clase trabajadora, necesariamente numerosa y levantisca. Al mismo tiempo, al parecer, los liberales, en Gran Bretaña y demás lugares, están empezando a llegar a la conclusión de que su versión del progreso tiene sus propias fallas.

T. J.: En Inglaterra, el debate se centra en realidad en la política. Aquí, y solo aquí, la amenaza de una clase trabajadora insurrecta prácticamente murió en la década de 1840. El movimiento cartista de aquella década no es el principio del radicalismo laborista británico; es el fin de la historia. Gracias a él, el Reino Unido podía presumir de un proletariado de masas, pero ya organizado y domeñado a través de los sindicatos y, finalmente, de un partido político de base sindical, el Partido Laborista. La idea de que este gran movimiento sindical podía albergar cualquier tipo de aspiración revolucionaria hacía tiempo que estaba agonizando. De modo que el centro de gravedad de las conversaciones sobre el Estado y la clase trabajadora en Inglaterra siempre es, podríamos decir, reformista.

T. S.: Y ya entonces, en la primera década del siglo XX, William Beveridge está pensando en lo que uno debería hacer, o lo que el Estado debería hacer, por esta clase trabajadora. Para la década de 1940 Beveridge será considerado como uno de los fundadores de la planificación social moderna. Él es uno de los que supieron distinguir perfectamente entre el Estado del bienestar y el Estado de guerra. Pero sus preocupaciones iniciales tuvieron más que ver con la pobreza como un mal moral.

T. J.: Beveridge, nacido en 1879, es un producto de las últimas aspiraciones reformistas victorianas. Como otros de sus contemporáneos, fue a Oxford y allí se vio envuelto en debates sobre el problema de la prostitución, del trabajo infantil, del desempleo, de las personas sin techo, etcétera. Tras dejar Oxford, Beveridge se dedica al trabajo caritativo

dirigido a superar estas patologías de la sociedad industrial; en muchos casos, la palabra “cristiano” figura en las organizaciones en las que él y sus amigos volcaron sus energías. Lo mismo puede decirse de su cuasi contemporáneo Clement Attlee, futuro primer ministro laborista, que fue quien llevaría las ideas de Beveridge a la práctica. Para ver de dónde venían, necesitamos tener una idea de la historia de lo que actualmente llamamos en Inglaterra política social. La Ley de Pobres del reinado de Isabel y el sistema de Speenhamland de la década de 1590 habían proporcionado teóricamente un apoyo caritativo sin restricciones para los indigentes o los desvalidos, que se pagaba a partir de unas tasas locales, siempre que los beneficiarios estuvieran dentro del distrito que tenía obligación de ayudarlos. De modo que los pobres no podían ser obligados a entrar en un asilo de pobres o forzados a trabajar; había que darles los medios para que pudieran mantenerse.

La Ley de Pobres de 1834 obligaba a trabajar. Para obtener ayuda, uno tenía que entrar en el asilo de pobres de su localidad y trabajar por un salario inferior al del mercado libre de trabajo. La intención era evitar que la gente se aprovechara de la ayuda a la pobreza y a la vez dejar muy claro que no merecía la pena quedar reducido a ese estado de pobreza. La Ley de Pobres, por tanto, distinguía entre los denominados pobres con merecimientos y sin merecimientos, creando de esta forma unas categorías morales que no se correspondían con la realidad económica. Y de hecho forzaba a la gente a la pobreza, dado que primero debían agotar sus propios recursos antes de considerarse aptos para recibir la ayuda pública o local. De esta manera agravaba el problema que en principio pretendía ayudar a solucionar. Desde un primer momento, la nueva Ley de pobres fue considerada como un borrón en el expediente de la sociedad inglesa. Estigmatizaba a aquellos a quienes el capitalismo había dejado temporalmente fuera de servicio sin haber tenido ninguna culpa de su exclusión.

Lo que Beveridge y Attlee tienen en común, y les une a otros reformistas, fue su obsesión por reformar la Ley de Pobres.

T. S.: Entonces, si es el periodo victoriano y la larga duración de la tradición sindical inglesa lo que cuenta, ¿son la Primera Guerra Mundial, en la que el Estado se moviliza, y la Gran Depresión, cuando realmente empiezan los debates sobre macroeconomía, menos importantes de lo que pensamos?

T. J.: La mayoría de las justificaciones intelectuales para un Estado del bienestar un tanto rudimentario estaban ya expuestas antes de la Primera Guerra Mundial. Muchas de las personas que iban a desempeñar un papel clave en su introducción tras la Segunda Guerra Mundial ya eran adultas y trabajaban en esta u otras áreas relacionadas antes de la Primera Guerra Mundial. Esto fue así no solo en Inglaterra sino también en Italia (Luigi Einaudi) y Francia (Raoul Dautry).

También se produjeron algunos logros institucionales significativos antes de la Primera Guerra Mundial en Alemania y en Inglaterra. Los gobiernos de Lloyd George-Asquith de 1908 a 1916 introdujeron toda una serie de reformas, esencialmente en relación con las pensiones y el seguro de desempleo. A las pensiones se las seguía llamando “Lloyd George” incluso en mi época. Pero estas reformas dependían de los impuestos: ¿cómo si no iban a pagarse estas prestaciones? Por otra parte, en muchos países solo el gasto sin precedentes de la guerra en sí pudo traer consigo el equivalente de un impuesto gradual sobre la renta en todos los Estados europeos más importantes, debido a que el sistema tributario y la inflación de la guerra generaban los recursos que hacían un Estado del bienestar menos caro en relación con el gasto total del Gobierno.

La Primera Guerra Mundial aumentó en gran medida el gasto del Gobierno, y también el modelo de control gubernamental de la economía, la gestión gubernamental del trabajo, la gestión gubernamental de las materias primas, el control de la salida y entrada de productos, etcétera. Además, los franceses trataron de estabilizar la vertiginosa caída de su moneda y reducir el gasto público; los británicos volvieron al patrón oro a mediados de los años veinte y trataron de deflactar para superar la crisis económica de la posguerra. En los demás lugares, incluso aquellos países que habían avanzado bastante hacia un

cierto Estado del bienestar social se vieron constreñidos a mantener beneficios y pagos bajo un estricto control. Los niveles alcanzados poco después del armisticio no serían superados, salvo por unas pocas excepciones localmente, durante las dos décadas siguientes.

T. S.: Si Beveridge es la mitad de esta historia, el economista John Maynard Keynes es la otra mitad. Puede argumentarse que Beveridge representa una sensibilidad cristiana victoriana que encuentra su oportunidad en 1942. Pero no podemos argumentar lo mismo respecto a Keynes.

T. J.: Keynes y Beveridge, la “planificación” y la “nueva economía”, tienden a ser mencionados el uno a renglón seguido del otro. Existe una simetría generacional y una coincidencia de las dos políticas: el pleno empleo, basado en la política fiscal y monetaria keynesiana, combinado con la planificación beveridgiana. Pero hay que ir con mucha cautela, porque Keynes procedía de una tradición muy diferente. Y no solo porque él fuera a Cambridge y Beveridge fuera a Oxford.

T. S.: Balliol.

T. J.: Bueno, uno al King’s College de Cambridge y el otro al Balliol College de Oxford, que son los dos únicos colegios universitarios que cuentan en esta historia, es cierto. Antes de la Primera Guerra Mundial, Keynes era un joven catedrático de Cambridge. Sus relaciones personales a menudo fueron homosexuales, y estaba estrechamente relacionado con el emergente grupo de Bloomsbury de Londres. Las deliberadamente iconoclastas hermanas Stephen –Vanessa Bell y Virginia Woolf– le profesaban una absoluta admiración. Y, por supuesto, la mayoría de los varones de Bloomsbury también le querían: no solo era brillante, ingenioso y atractivo, sino que como figura pública su ascenso estaba siendo muy rápido. Durante y después de la Primera Guerra Mundial desempeñó una alta función en el Tesoro –donde se fue haciendo unas opiniones cada vez más críticas sobre las finanzas públicas británicas– y luego fue enviado a Versalles para participar en las negociaciones de los tratados de la posguerra. Al poco tiempo de su regreso escribió su brillante panfleto crítico sobre el tratado y

sus probables consecuencias y se convirtió en una figura de renombre internacional. Así, en 1921, con treinta y tantos años y sin haber escrito su innovadora *Teoría general* todavía, Keynes ya era famoso. Y sin embargo, al igual que Beveridge, no cabía duda de que Keynes era un hombre formado en el siglo anterior. En primer lugar, y como muchos de los mejores economistas de generaciones anteriores, desde Adam Smith a John Stuart Mill, Keynes era ante todo un filósofo que había acabado tratando con datos económicos. Si las circunstancias hubieran sido distintas, bien podría haber sido un filósofo; de hecho, en sus años de Cambridge escribió algunos textos propiamente filosóficos, si bien con un cierto sesgo matemático.

Como economista, Keynes siempre se consideró a sí mismo seguidor de la tradición decimonónica del razonamiento económico. Alfred Marshall y los economistas que seguían a J. S. Mill habían asumido que la condición por defecto de los mercados, y por ende de la economía capitalista en general, era la estabilidad. De modo que las inestabilidades —ya fuera la depresión económica, o los mercados distorsionados, o la interferencia gubernamental— debían verse como parte del orden natural de la vida económica y política; pero no necesitaban ser teorizadas como parte de la naturaleza necesaria de la actividad económica en sí. Incluso antes de la Primera Guerra Mundial, Keynes ya estaba empezando a escribir contra este supuesto; después de la guerra, siguió haciendo más o menos lo mismo. Con el tiempo llegó a la postura de que la condición por defecto de una economía capitalista no podía entenderse sin la inestabilidad y las ineficiencias inevitablemente asociadas a ella. La asunción económica clásica de que el equilibrio y los resultados lógicos eran la norma, y la inestabilidad y la impredecibilidad, la excepción se invirtió.

Es más, según la nueva teoría de Keynes, lo que quiera que causara la inestabilidad no podía abordarse desde una teoría que era incapaz de tener en cuenta dicha inestabilidad. La innovación fundamental aquí es comparable a la paradoja de Gödel: expresado en términos más actuales, no se puede esperar que los sistemas resuelvan sus problemas sin intervención. Por tanto, los mercados no solo no se

autorregulan de acuerdo con una hipotética mano invisible, sino que en realidad acumulan distorsiones autodestructivas con el tiempo.

El planteamiento de Keynes representa un elegante y simétrico corolario a la afirmación de Smith en *La teoría de los sentimientos morales*. Smith sostenía que el capitalismo en sí mismo no genera los valores que hacen posible el éxito; los hereda del mundo precapitalista o no capitalista, o bien los toma prestados (por decirlo así) del lenguaje de la religión o la ética. Valores como la confianza, la fe, la creencia en la fiabilidad de los contratos, la asunción de que el futuro mantendrá los compromisos pasados, etcétera, no tienen nada que ver con la lógica de los mercados *per se*, pero son necesarios para su funcionamiento. A esto Keynes añadió el argumento de que el capitalismo no genera las condiciones sociales necesarias para su propio sustento.

De manera que Keynes y Beveridge son hombres que pertenecen a la misma era, proceden de contextos comparables aunque diferentes, y abordan problemas relacionados pero distintos. Beveridge partía de la sociedad más que de la economía: existen ciertos bienes sociales que solo el Estado puede proporcionar y aplicar, mediante la legislación, la regulación y una coordinación impuesta. Keynes parte de intereses muy diferentes, pero sus enfoques encajan entre sí: mientras Beveridge dedicó su carrera a aliviar las consecuencias sociales de la distorsión económica, Keynes pasó gran parte de su vida adulta teorizando sobre las circunstancias económicas necesarias en las que las políticas de Beveridge pudieran aplicarse con unos resultados óptimos.

T. S.: Detengámonos por un momento en Keynes. La Primera Guerra Mundial y especialmente su experiencia en las negociaciones del tratado de Versalles, amén de su pequeño libro sobre la paz, le convierten en lo que es. Pero luego está el libro de 1936, la Teoría general, uno de los textos más importantes de economía del siglo XX. ¿Seguirías manteniendo la tesis de que dicho libro representa un desarrollo ulterior de las ideas previas de Keynes o vamos a tener que debatir el crack de 1929 y la Gran Depresión que le siguió?

T. J.: No infravaloremos el impacto de la década de 1920. Keynes estaba escribiendo bastante prolíficamente por entonces, y algunos de sus escritos que luego serían refundidos en la *Teoría general* ya habían aparecido antes de que empezara la depresión. Bastante antes de 1929 él ya se había replanteado, por ejemplo, la relación entre la política monetaria y la economía. Y, por supuesto, Keynes fue un crítico implacable del patrón oro mucho antes de que los países empezaran a abandonarlo tras la conferencia de Ottawa. Él veía que atenerse a un patrón oro privaba a los Estados de la capacidad de devaluar las monedas en caso necesario.

Por otra parte, Keynes ya tenía perfectamente claro mucho antes de 1929 que la economía neoclásica no tenía respuesta al problema del desempleo. Los economistas neoclásicos, por decirlo llanamente, pensaban que la multitud de pequeñas decisiones tomadas por los consumidores y los productores en pos de sus propios fines genera una lógica más amplia en la economía misma. De este modo, la oferta y la demanda encuentran un cierto equilibrio y los mercados son a la larga estables. Enfermedades aparentemente sociales como el desempleo son, de hecho, formas pasajeras de información económica que permiten el buen funcionamiento de la economía en general.

La convicción de Keynes de que esta era una descripción incompleta de la realidad obedecía principalmente a lo que había observado en las crisis del desempleo británica y alemana de principios de la década de 1920. El consenso neoclásico era partidario de la pasividad gubernamental ante los problemas económicos. Keynes supo ver ya entonces lo que otros observarían durante la Gran Depresión: la respuesta convencional deflación, presupuestos ajustados y espera, ya no era tolerable. Desperdiciaba demasiados recursos sociales y económicos y lo más probable era que causara profundos trastornos en el mundo de la posguerra. Si el desempleo no era el precio necesario a pagar por unos mercados de capital eficientes, sino simplemente una patología endémica del capitalismo de mercado, ¿por qué aceptarlo? Esta pregunta ya estaba planteada en los escritos de Keynes mucho antes de 1929. La *Teoría general* de 1936 pone el poder estatal,

fiscal y monetario en el centro del pensamiento económico, en lugar de verlos como excrescencias del cuerpo de la teoría económica clásica. Esta revisión de dos siglos de literatura económica resumía la propia obra de Keynes a partir de 1920, con el añadido fundamental de aportaciones de sus alumnos, especialmente Richard Kahn, de Cambridge, y su hallazgo del “multiplicador”: gracias a Kahn y otros, Keynes se convenció de que los gobiernos podían en efecto intervenir contracíclicamente y con un efecto duradero. No había ninguna ley que obligara a aceptar los desajustes económicos.

De modo que la obra magna de Keynes de 1936 refundió completamente el pensamiento macroeconómico sobre la política gubernamental. Y lo importante fue esta refundición, más que la teoría en sí. Una nueva generación de responsables políticos dispuso entonces de un lenguaje y una lógica en la que basar la defensa de la intervención estatal en la vida económica. La obra de Keynes fue por tanto tan ambiciosa e influyente, como gran narrativa de la forma en la que funciona el capitalismo, como cualquiera de las grandes obras del siglo XIX a las que contradecía.



[Extracto del capítulo 9 de *Pensar el siglo XX*. Traducción de Victoria Gordo del Rey. Taurus 2012.]

TONY JUDT (1948-2010) HISTORIADOR. AUTOR DE *POSTGUERRA*, *PASADO IMPERFECTO*, *ALGO VA MAL* Y *EL REFUGIO DE LA MEMORIA*. /TIMOTHY SNYDER ES HISTORIADOR, DOCTORADO EN OXFORD, PROFESOR DE HISTORIA EN LA UNIVERSIDAD DE YALE. AUTOR DE *TIERRAS DE SANGRE*.